

LIBERATURA (la asignatura pendiente)

“La humanidad progresa. Hoy queman mis libros; siglos atrás me hubiesen quemado a mí”

Sigmund Freud

“Las leyes mueren, pero los libros jamás” Bulwer-Lytton

“Sin libros, todas las cosas están envueltas en unas heladas tinieblas” T. Bartholin

“La literatura es magia; es entrar en las almas sin tocar a la puerta” D.C. Estrada.

“Cuenta la leyenda que primero fueron las palabras, y fueron ellas quienes crearon las ideas, los objetos, los seres y los sentimientos. Y que la vida sólo es su molde, su parte visible. Aquí, acaba la leyenda. Entre leyendas y realidades, las palabras emergen, tejen historias, las historias crean vidas y la vida retoma de nuevo la palabra. Y como la vida sabe de su debilidad, persigue la inmortalidad dejando escritas esas palabras.”

No hago alarde de presunción si afirmo que, alguna vez en nuestra vida, al entrar en una librería y dejarnos rodear por decenas de estanterías repletas de libros, todos nos hemos sentido hechizados y convencidos de ser conducidos hacia un mundo mágico que sabíamos -¿de dónde proviene esa certeza?- que nos iba a dejar boquiabiertos.

... y boquiabiertos se quedaron muchos (como diría la celeberrima Mayra Gómez Kemp) cuando se sumergieron en El Principito, la última maravilla *made in* Pilar Teatre que, esta vez de forma voluntaria (tan voluntaria como el mismo acto de la lectura), escenificaron una tierna historia de presentido colofón homenajeando la *LIBERATURA*, con mayúsculas, planteando como conflicto de partida esa pesadilla que a algunos nos atormenta cada noche: la muerte del libro. ¿Suenan excesivamente grandilocuente? Espero que no sea premonitorio.

Al igual que en un libro se suceden los capítulos y pasajes, Pilar teatre hilvanó una deliciosa trama global articulando doce escenas en un guión plagado de merecidísimos tributos, que por separado hicieron las delicias del respetable, y en conjunto perseguían transmitir un unívoco mensaje de esperanza. Por el escenario circularon iconos de la liberatura infantil, clásicos que nos saltaron las lágrimas, míticos musicales de obligada remembranza a aventuras escénicas acontecidas en este mismo escenario, amores imposibles, amores indestructibles, amores de leyenda, amores imperecederos, personajes inolvidables, e interpretaciones individuales y colectivas fabulosas. Romeos y Julietas sublimes, Capuletas y Montis de Óscar, que no sé yo cuánta intencionalidad cabrá en la cabeza de los guionistas tras esa cómplice duplicidad de amantes atemporales, de amores de fábula, de amores otoñales, de legendario amorío escénico, de caduco romanticismo lector, el que sentimos al abrir una página, al inhalar efluvios de tinta que nos retrotraen a la batalla, al balcón de nuestra amada, y nos empujan contra aspadados entuertos (o tuertos), y nos animan a asir con valor el sable, a responder a una pregunta mundana con un latente “elemental, querido Watson”, a libar venenos liberadores, a liberar viajeros intergalácticos de pocas pulgadas que nos recuerdan que lo esencial es lo invisible..., acaso porque reside en ese rincón que todos celosamente enmudecemos con pudor y que llamamos imaginación. ¿Y qué es un libro sino una llave para liberarla?

Lo esencial es invisible, dice el onírico Principito, como invisible es lo que bulle en la cabeza del lector cuando lee la novela y fabula un final distinto (oportuno recordatorio), como invisible a los ojos del público es lo que el telón oculta, ahora cuando se apaga la luz y la tramoya cobra vida, y ayer cuando las tropas auxiliares diseñaban atrezzo y decorados, o escribían guiones o programaban programas de mano, o emborronaban pizarras buscando una idea luminosa que ilumine la trama, y allá, perdida en el tiempo pero nunca olvidada, esa invisibilidad principesca se abre camino tras decenas de horas de ensayos, tras frustrados amagos y cambios de última hora, tras

brillantes decisiones de *casting*, tras los entuertos digitales que el Álvaro o la Vicky de turno una vez más desentuertan, tras esa contumaz memorización que se me resiste, tras ese paciente desespero de la coreógrafa que ve desgranar la arena del reloj cuando la sincronía se niega a aparecer, tras ese ensayo solitario frente al espejo que mejore mi expresividad facial, tras ese *play-back* mil veces cantado (podéis apagar el audio, me lo sé de memoria y lo tarareo hasta en mis sueños), tras ese inevitable cosquilleo estomacal en el estreno, y en el reestreno, y la segunda jornada, y la última sesión, y que ahora sabes que no son simples nervios de principiante sino un no sé qué indescriptible que te posee cuando juegas a ser actor y que jamás te abandonará.

Deliciosa metáfora de la rebeldía contra el Imperio tecnológico que hace al respetable desear que la fuerza de las palabras escritas nos acompañe siempre, una fuerza que no mueve objetos por telekinesia sino ilusiones, que no la generan todos los seres vivientes sino las letras, las palabras, las ideas hechas historias, una fuerza que no mantiene unida la galaxia sino nuestra esperanza en un mundo más humano, pero que, aunque seamos conscientes de la inevitable metamorfosis del formato, siempre tendremos la certeza de la existencia de historias que pugnan por abrirse paso desde el inconsciente de un “inconsciente” hasta el público ansioso por vivir vidas paralelas a través del libro que se las muestra.

Deliciosa metáfora del oportuno sueño que salva El Principito, como lo es el mero hecho de la escritura, pues arte (y la liberatura lo es) no es sino eso: la publicación de los sueños. Y los sueños son el alimento del que se nutren los libros, pues ese camino bidireccional de expresión escrita e interpretación cognitiva es el sustento de la liberatura, ese baile dual en el que el autor me cuenta una historia y yo la plasmo en el lienzo de mi entendimiento a mi antojo. Ese territorio sembrado de caminos secundarios donde el lector decide interpretar el mensaje según su estado de ánimo, según su talento, según sus anhelos...

Deliciosa metáfora de libros que cambian la vida de los lectores (¡y no digamos de los escritores!), y de actores que, probablemente sin saberlo, han escrito con letras de oro una página imborrable en el libro de su memoria. Que ese sí es un libro que ninguno deberíamos dejar de leer nunca.

Deliciosa puesta en escena en un cóctel sabiamente mezclado por el mago de la tramoya, ese armónico artista creador de melodías inolvidables, capaz de pulsar las teclas de nuestras emociones en infinitas variaciones de los cuatro invisibles elementos que nos dan fuerzas para vivir. A saber: el humor, el amor, la imaginación y los recuerdos. Los mismos cuatro elementos que sustentan la vida de los libros. ¿Podemos vivir sin libros, sin historias, sin narradores, sin lectores, sin ilusiones escritas? Quizás sí, pero sería otra vida. Una vida que no quiero vivir.

Y quiero creer que mis lectores han entendido el título de este modesto mensaje de esperanza.

Liberatura. La asignatura pendiente.

A buen entendedor...

Fdo: Un incondicional admirador de Pilar Teatre.

PD: Pido perdón por alguna repetida falta de ortografía. ¿O no?